

---

# PROHIBICIÓN Y GOCE: EL OBJETO-ALIMENTO EN «LA REGENTA» DE L. A. CLARÍN

Pilar González Martínez  
Universidad Complutense de Madrid

---

## RESUMEN

Se trata de dilucidar qué papel cumplen las normas sociales en la prohibición del goce y qué lugar ocupa el alimento como deseo alimenticio en relación con la sexualidad, el lazo social, los sentimientos y el arte.

## 1. INTRODUCCIÓN

L. A. Clarín, narra en *La Regenta*, con bastante realismo y también con dosis de humor desenfrenado, la vida cotidiana en una ciudad de provincias durante el último tercio del siglo XIX.

La sociedad vetustense, «*la heroica, la muy noble y leal ciudad*», cual un enorme estómago, hace la digestión del cocido y de la olla podrida, en una siesta amenizada por la monotonía del zumbido de la campana. Allá en lo alto no sólo está la esbelta torre de la catedral. Además, el delicado índice de piedra señala una jerarquización, un principio de orden que se desplaza metonímicamente en torno al padre o a sus figuras: Dios, el magistral, la sociedad vetustense, etc.

Estos representantes del padre anatematizan el goce sexual a través de una prohibición y de un imperativo: la experiencia de la adecuación de la conducta a una moral que reduce la relación sexual al marco institucional.

---

Partiendo de ahí, de un Otro que prohíbe el goce sexual, y de los conflictos que dichas normas sociales generan, intentamos descifrar qué lugar ocupa el alimento y qué función cumple en relación con la sexualidad, el lazo social, las clases sociales, los sentimientos, la belleza y el arte, a través del uso que el autor hace de aquél en la narración.

Clarín establece una serie de oposiciones con contenidos diversos que aportan tensión a la trama: la diferencia de los sexos, las clases sociales, la materia y el espíritu, entre otras varias.

Los personajes de Ana Ozores y Álvaro Mesía pueden bastante bien ilustrar esta diversidad.

Ana, La Regenta, personaje femenino principal en la historia, contiene algunas características bastante generalizables en la posición femenina de la época: excluida de una preparación adecuada y del mercado de trabajo, es empujada por el entorno social a un matrimonio de interés. Sin embargo, su amor al ideal, y a la verdad, en este caso como «verdad revelada», la divide dramáticamente al vivir como perpetuo conflicto, como tortura y autoinculpación, la sexualidad y el deseo fuera del marco matrimonial y por lo tanto condenable.

Álvaro Mesía, su oponente, también refleja algunos rasgos del topos masculino de su tiempo, en el que se detecta algo más de libertad y una mayor tolerancia y permisividad social sobre el uso de su sexualidad.

Su personaje aporta además algo específico, su escepticismo e incredulidad respecto a la moral religiosa, e incluso una cierta dosis de cinismo. Su posición en las antípodas de Ana Ozores, se refleja bien en el texto: «*perfectamente! Mesía, con aquella despreocupación, pensando en su placer, en la naturaleza, en el aire libre, era la realidad racional, la vida que se complace en sí misma*»<sup>1</sup>.

## 2. METÁFORA Y METONIMIA: EL VALOR DEL OBJETO

El objeto alimento es utilizado a veces como metáfora o sustitución y otras como metonimia o contigüidad: unas veces los seres son metaforizados por alimentos, otras lo objetos, con tal que sean «comestibles», se transforman en seres deseables.

Esta facilidad de metamorfosis le causa a Anita amagos de desmayos y un sinfín de quebraderos; a punto estuvo de perder la visión cuando al hacer el examen de conciencia de sus pecados ayudada por un libro devoto, aparece a modo de pregunta una frase que dice: «si comió carne...».

La tía Águeda alimenta a su sobrina, considerándose el artista y el forjador de su belleza. «*Para doña Agueda, la belleza de Ana era uno de los mejores embudidos, estaba orgullosa de aquella cara, como pudiera estarlo de una morcilla*»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Leopoldo Alas CLARÍN, *La Regenta*, Madrid, Alianza Editorial, 1966, p. 334.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 94.

Los continuos deslizamientos y cambios de objeto nos dan cuenta, por un lado, de la fragmentación de la vida sexual del hombre —cuando Clarín habla de hambre puede ser perfectamente hambre sexual— y, por otra parte, destaca a lo largo de toda la obra una potente oralidad, lo cual implica que el objeto deseado lo es como tal, porque adquiere sobre todo el valor de una incorporación. El autor, al describir el paseo de la pobretería, dice: «*Aquellas jóvenes, que no siempre estaban seguras de cenar al volver a casa, insultaban al transeúnte que las llamaba hermosas, suponiendo que el fultraque tenía carpanta, o sea hambre (...). Los expertos no se aturdirían por estos improprios convencionales que eran allí el buen tono; insistían y acababan por sacar tajada, si la había*»<sup>3</sup>.

O bien, cuando el magistral pasea dichosos rememorando la intimidad espiritual con Ana Ozores, de improviso es presa de un arrebato de voraz canibalismo, ¿de su amada?, ¿de la nada?... «*arrancó un botón de rosa, con miedo de ser visto: (...), los sentidos no aplacaban sus deseos que eran ansias de morder, de gozar con el gusto, de escudriñar misterios naturales debajo de aquellas capas de raso (...); cuando el botón ya no tuvo más que las arrugadas e informes de dentro, don Fermín se lo metió en la boca y mordió con apetito extraño, con una voluptuosidad refinada de que él no se daba cuenta*»<sup>4</sup>.

Otra correlación interesante nos la ofrece Mesía «*al besar el tabaco y al fumarlo, entre besar y fumar ninguna diferencia...*».

### 3. LO ESPIRITUAL Y LO MATERIAL A LA LUZ DEL DESEO ALIMENTICIO

Clarín destaca el carácter antitético entre el plano espiritual y el material de los habitantes de Vetusta.

El discurso implícito es el siguiente: en primer lugar, una alimentación deficiente produce unos efectos físicos que van gradualmente desde la delgadez hasta la enfermedad y, por último, la muerte.

Asimismo, esta situación física conlleva unos atributos y genera unos comportamientos característicos. Por ejemplo, la palidez del rostro, la debilidad, el amortiguamiento de los impulsos sexuales y, por tanto, una cierta propensión a la melancolía, al idealismo de los amores platónicos, así como una cierta tendencia al misticismo y a lo visionario en lo religioso.

Álvaro Mesía calcula, furioso de impaciencia, cuánto tiempo tardaría Ana Ozores en recuperar la fuerza y los impulsos sensuales, ya que unas fiebres la tenían «*bastante delgada y pálida como una muerta. Hermosísima, eso sí, hermosísima..., pero a lo romántico. Con mujeres de aquellas carnes y de aquella sangre no luchaba él. Estaba entregada a Dios ¡Claro! ¡Apenas comía! No podía levantar un brazo sin cansarse*»<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 172.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 445.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 421.

La falta o dificultad con el alimento es el denominador común de una humanidad sufriente y espiritualista que busca el ideal, y asevera Clarín «*el ideal no come*»<sup>6</sup>; Bermúdez, el más capaz de comprender una pasión profunda y alambicada, «*no se quejaba de vicio al quejarse del pícaro estómago, de digestiones difíciles y sobre todo de perpetuos restringimientos. Era una sonrisa llena de arrugas, que equivalía a una mueca provocada por un dolor intestinal, aquella con que Bermúdez quería pasar por el hombre más espiritual de Vetusta*»<sup>7</sup>.

En segundo lugar, una alimentación adecuada produce unos efectos que van desde una cierta plenitud de formas hasta una salud perfecta. Para Clarín esta «situación física» conlleva igualmente unos atributos y genera unos comportamientos diferenciados. Así, las carnes rebosantes, las mejillas encendidas, la fuerza física, la necesidad de actividad de movimiento, la presencia de los impulsos sexuales y por ello una tendencia al sensualismo.

El autor habla con frecuencia de los efectos voluptuosos de una buena comida en unos términos evidentemente eróticos. En dicho ritual incluye a Baco ligado, en igual medida que la alimentación, a Eros.

La certidumbre sobre este goce le lleva a Álvaro Mesía a preguntarse si aprovecharse o no de la «*excitación que la comida produce en su amada*»<sup>8</sup>, o a Pedro, el cocinero, aumentar su autoestima cuando piensa que se ha dedicado «*una vida entera consagrada a salpimentar la comida de tantos caballeros y damas que gracias a él habían encontrado más fácil y provocativo el camino de los dulces y sustanciales amores*»<sup>9</sup>. En cambio, una ausencia de saber al respecto le lleva a don Pompeyo a un gran chasco, ya que durante una comida le da por pensar que le van a pedir que pronuncie un discurso a los postres sobre «*la libertad de pensamiento*», y esta responsabilidad ya no le permite «*comer bocado que le aproveche*»; pero al llegar el champaña, en lugar de los esperados «*asuntos serios*», se habla de mujeres y se echa de menos la edad de la ilusiones «*no por las ilusiones, sino por la secreta fuerza, que según ellos, era su origen*»<sup>10</sup>.

La protagonista, después de una buena cena, se pone en una relación de pereza respecto a la moral y a las normas sociales. «*La comida excitante, el vino, el café (...). Todo contribuía a embotar la voluntad, a despertar la pereza y los instintos de la voluptuosidad (...). Ana se creía próxima a una asfixia moral*»<sup>11</sup>. El baile después de la cena, le hace pensar que «*dentro de ella se había roto algo, la virtud, la fe, la vergüenza*»<sup>12</sup>.

Tal como utiliza Clarín la mediación del alimento, al producir una cierta embriaguez y embotar la voluntad, irresponsabiliza al sujeto para autorizarle a gozar, aunque, eso sí, sobre todos los personajes femeninos culpabilizándose,

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 154.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 272.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 153.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 427.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 518.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 520.

ya que al menos para algunos permanecen intactas las creencias de un Otro consistente, garante de la ley y el orden.

Otra cuestión que se deduce de todo el texto es la idea de que las prohibiciones y las normas morales no limitan verdaderamente el goce.

#### 4. EL AMOR, LA BELLEZA Y LA MUERTE

El alimento y su satisfacción preside en la novela una lógica de la unión y del amor vehiculizado también por el ideal de la belleza.

Así lo expresan dos de sus protagonistas: «*En el bouquet del vino, en el sabor del queso de gruyère, en las chispas del champaña, en el reflejo de unos ojos (...) en todo encontraba Anita aquella noche belleza, misterio atractivo, un valor íntimo, una expresión amorosa*»<sup>13</sup>. «Mesía estaba hermoso (...) en su rostro correcto los vapores de la gula no imprimían groseras tintas, (...). En aquellos momentos se creía enamorado de veras...»<sup>14</sup>.

La ausencia de amor, en cambio, hace bascular a Visitación «la del banco» hacia la glotonería. «*Se prohibía a sí misma, por desconfianza, las dulzuras de los engaños de amor, y los compensaba con golosinas, que se pegaban al riñón*»<sup>15</sup>.

La comensalidad no sólo apunta a una lógica de la unión amorosa, sino que además instaaura una modalidad de lazo social, en el que la unificación introduce una confusión momentánea que iguala a las clases sociales y que borra también otras diferencias.

Al regresar de la romería de San Pedro, al oscurecer, «*comiendo avellanas y cantando entre los labriegos y campesinas retozonas, confundidos señores y colonos en una mezcla que enternecía a don Victor, el cual decía: vea usted si se pudiera realizar la igualdad y la fraternidad..., no habría otra cosa mejor ni más poética*»<sup>16</sup>.

Cuando finaliza una de las comidas del casino: «*se volvió al amor y a las mujeres, y comenzaron las confesiones, coincidiendo con el café y los licores, sacatrapos del corazón. Allí se podía decir todo, estaban solos, todos eran unos, (...). Mesía temía estas expansiones en que se toma por amigo a cualquiera...*»<sup>17</sup>.

La ingestión del alimento afecta no sólo a la visión del entorno sino también a la del propio cuerpo, transmutándose en belleza; sin embargo, la química culinaria que la produce necesita del cocinero artista. Pedro, el cocinero de los marqueses de Vegallana, así se considera y además dogmatiza que para ser cocinero es necesario tener facultades culinarias, que le niega a la mujer, «*la cocina y la mujer son términos antitéticos, palabras que había aprendido en sus*

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 518.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 428.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 161.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 603.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 428.

*cucuruchos de papel impreso (...). Lo que pensaba toda Vetusta de la literatas, lo pensabe Pedro de las cocineras. Las llamaba marimachos»<sup>18</sup>.*

El alimento transmutado en objeto artístico también produce otros objetos de arte, como, por ejemplo, la belleza de Anita: la mujer y el alimento pueden ser ambos objetos artísticos.

El recurso constante a la belleza, ¿qué nos indica? La belleza produce un efecto de ceguera, impide ver algo que encubre el campo de la muerte, «*los colores vivos de la fruta mejor sazonada y de mayor tamaño animaban el cuadro, algo melancólico si hubiesen estado solos aquellos tonos apagados de la naturaleza muerta, ya embutida, ya salada*»<sup>19</sup>.

En la cena del casino Anita comienza encontrando en todo belleza y amor; sin embargo, la polca con Mesía después de cenar, le hace sentir «un goce intenso» y es entonces cuando le parece que se le ha roto la vergüenza y se desmaya.

La belleza actúa como un velo pudoroso que oculta algo que ofrece dificultad en ser mirado, ese algo enfatizado por su desvanecimiento, es el lugar en donde es a la vez una presencia y una ausencia, allí donde no está más como sujeto; pura cosa.

Ya decía el marqués de lo que se trataba: «*primero, mar y pimienta; después, fantasía y alcohol*»<sup>20</sup>. *Esa fantasía se vuelve al amor y a las mujeres y se escuchan las palabras del tenorio de Vetusta: «el arte del seductor se extendía sobre aquel mantel, ya arrugado y sucio, anfiteatro propio del cadáver del amor carnal»<sup>21</sup>.*

La fantasía y el alimento componen también otras figuras, no menos sorprendentes: «*Una hermosa cabeza de mujer, cubierta con un gorro blanco de fantasía, apareció en una ventana (...), mostraba, levantándolo por encima del gorro, un pollo pelado, que palpataba con las ansias de la muerte; del pico caían gotas de sangre.*

*Obdulia, dirigiéndose a los atónitos caballeros, hizo ademán de retorcer el pescuezo a su víctima y gritó triunfante:*

—*¡Yo misma! ¡He sido yo misma! ¡Así a todos los hombres!...<sup>22</sup>*

## 5. CLASE SOCIAL, EROS Y GASTRONOMÍA

En una sociedad en la que se está llevando a cabo un intenso proceso de acumulación necesario para la industrialización, la «moral ascética» cuadra muy bien para adecuar a gran parte de la población con sus precarias condiciones de supervivencia. Por ello, los sufridos habitantes del Campo del Sol se adaptan en sus goces a lo que Clarín entiende por «espiritualidad», no por un

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 153.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 151.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 517.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 429.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 138.

ejercicio de libre elección, sino por absoluta necesidad, y los trabajadores de Vetusta comen para sobrevivir y agotan pronto el placer sexual, pues el reino de la necesidad les es impuesto por el nacimiento.

Para Clarín, en definitiva, el disfrute gastronómico y el de la sexualidad, en la sociedad vetustense de finales del siglo XIX, pasa por pertenecer a una clase social privilegiada; y dentro de ella, la capacidad de gozar y de crear se distribuye de una forma cuidadosamente jerarquizada.

Dados estos supuestos, todo resulta coherente: la mejor cocina de Vetusta es la de los marqueses de Vegallana, nobleza terrateniente.

La casa donde más se ejercita el juego erótico es también, de toda Vetusta, la de los marqueses de Vegallana: en el marco del hogar o en la casa de campo, los varones corretean ociosamente tras las mozas.

Los hombres de «la clase», en el papel de conquistadores, prolongan en muchos casos su libido hasta la vejez —recuérdense las correrías del propio marqués—, y en todo caso, la alegría y la capacidad de juego, como ilustra bien Víctor Quintanar.

Muy diferente es, por el contrario, la suerte de los habitantes del «Campo del Sol»: entre los hijos del trabajo se trata básicamente de asegurar la comida o la cena, o sea matar el hambre. Los proletarios adultos de ambos sexos, en conclusión, están muy lejos de la práctica de Mesía («la vida que se complace en sí misma»): los horarios salvajes del trabajo, las condiciones poco higiénicas del mismo, la mala alimentación y, como resultado de todo lo anterior, la enfermedad y el envejecimiento prematuro, llevan aparejados la pérdida de la alegría y también del deseo, según Clarín. En una descripción del paseo de la «pobretería», no exenta de patetismo, lo testimonia: «todos eran jóvenes. El trabajador viejo no tiene alegría. Entre los hombres, acaso ninguno había de treinta años. El obrero pronto se hace taciturno, pronto pierde la alegría expansiva sin causa. Hay pocos viejos verdes entre los proletarios»<sup>23</sup>.

## 6. CONCLUSIONES

Es evidente que Clarín diferencia nítidamente dos dimensiones en el alimento: la de la satisfacción de la necesidad del hambre, comer para sobrevivir, y la dimensión del deseo alimenticio que contiene una dimensión erótica y que, por lo tanto, no se satisface con ningún objeto.

Esta insatisfacción, esta falta que puede producir el objeto alimento, le empuja al auto a una inútil búsqueda de satisfacción libidinal a través de la incorporación oral. Todo lo que se desea puede adquirir el valor de un objeto a incorporar, con el secreto anhelo de colmar esa falta, en la explicitada ansia de un lazo social de unión, de unificación o igualación: de amor.

---

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 172.

Esta falta transmutada en hambre «que no espera» puede apoderarse del Magistral bajo la forma de codicia de poder, «*devoraba su presa, la Vetusta levitica*»<sup>24</sup>.

Sin embargo, el deseo alimenticio de Clarín surge de una falta, pero sólo se sostiene apoyándose en un supuesto lleno: precisamente este deseo aparece después de una excelente comida, y para los hombres además es necesario que tengan carácter, riqueza o poder. En cambio, en las mujeres este deseo surge también en la ingestión del alimento, pero es la mediación del arte, la belleza, la música, etc., lo que lo potencia.

Finalmente, esa «cosa» con la que los personajes de la novela se intentan inútilmente colmar, no se satisface con comida. «*Estaba excitada, quería algo y no sabía qué. No era cosa de comer, de fijo, porque había probado de cien golosinas*»<sup>25</sup>, las palabras de Jacques Lacan nos dan una respuesta. «*Aunque la boca quede ahíta, esa boca no se satisface con comida, sino con el placer de la boca*»<sup>26</sup>.

#### ABSTRACT

This paper attempts to ascertain the roles of social norms in the prohibition of enjoyment and the place occupied by food as a nutritional desire in relation to sexuality, the social link, feelings and art.

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 155.

<sup>26</sup> Jacques LACAN, *Los cuatro conceptos fundamentales de Psicoanálisis*, Buenos Aires.

---